

“HA PASADO EL TIEMPO DE LA ESPERA”.

LO POÉTICO POLÍTICO EN *ADOLECER* DE FRANCISCO URONDO

Nilda Susana Redondo

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PAMPA - ARGENTINA
[redondonildasu@cpenet.com.ar]

Resumen: El poema *Adolecer* de Francisco Urondo, escrito entre 1965 y 1967, marca una transición en la biografía intelectual y política del poeta en tanto expresa, por un lado, la conversión de un sujeto reformista en otro revolucionario y, por el otro, una intensificación en los modos de la intertextualidad y el discurso indirecto como forma plena de la escritura. Analizamos aquí la polifonía del poema expresada en la mixtura de la cultura popular, la cultura de masas, la literatura culta argentina, latinoamericana y española; la Biblia; las crónicas fundacionales de la conquista, entre otros. Estas diversas vertientes ideológico-discursivas se van acumulando para estallar en una búsqueda revolucionaria que proviene de la confluencia de un acendrado antiliberalismo, una concepción marxista del trabajo, un guevarismo que vincula la lucha armada con un fuerte humanismo, un tono apocalíptico proveniente de la teología de la liberación y un nacionalismo que no concilia clases sociales.

Palabras claves: poesía argentina - Urondo - revolución - intertextualidad - discurso indirecto. **Keywords:** Argentine poetry - Urondo - revolution - intertextuality - indirect speech.

En *La Literatura Latinoamericana como Proceso*, Ana Pizarro desarrolla un aspecto que me parece central para comprender parte del trabajo literario de Francisco Urondo¹: me refiero a las consideraciones acerca del

-
- 1 Francisco Urondo nació en 1930 en Santa Fe, Argentina. A fines de los años 50 pertenece a la UCRI y como tal es Director de Cultura de su provincia de origen entre 1958 y 1959. Transita luego un proceso que va desde el descubrimiento de la llamada “traición-Frondizi” hasta una opción por la revolución atendiendo la convocatoria de Cuba y el Che Guevara, durante toda la década del ‘60. Finalmente, en 1970 se incorpora a las FAR, organización armada peronista que en 1973 se fusiona con Montoneros.

tiempo; al cuestionamiento profundo que realiza de las categorías unidireccionales del positivismo y que han sido identificadas como formas de pensamiento propias de la llamada modernidad. Se plantea allí que para comprender los procesos histórico-culturales de América Latina no sólo nos debemos descentrar del tiempo europeo sino además concebir múltiples caminos, paralelismos de tiempos diversos, avances y retrocesos. El descentramiento del tiempo europeo no significa ignorar los vínculos con esa cultura sino todo lo contrario: es reconocer que existió la conquista y colonización y que luego no hubo independencia sino dependencia. Es decir que crecimos justamente no repitiendo su desarrollo sino que su desarrollo fue a nuestra costa, por lo que nuestros tiempos se dislocaron; se hicieron otros. Aun existiendo la más intencionada búsqueda de mimesis, nuestros tiempos siempre son otros.

Se recomienda en dicho texto un método: el comparatismo contrastativo; y la necesidad de tener en cuenta por lo menos tres perspectivas de comparación: con la cultura occidental, con las otras culturas nacionales de América Latina; y con las expresiones de la oralidad, de la cultura popular y el llamado folklore. Son necesarias estas múltiples perspectivas porque se considera que la construcción de los estados-nación, luego de la descolonización, abrió procesos forzados que se asentaron en la negación de la multiétnicidad y el plurilingüismo. Además, no es posible centrar el estudio de la literatura y de la cultura solamente en sus expresiones dominantes, en la mayoría de los casos impuesta a sangre y fuego. Debe tenerse la capacidad de ver las intertextualidades, las distintas voces que se expresan en cada voz y lo que eso significa en un proceso que es deseable, sea de acercamiento a la autonomía.

El poema que vamos a analizar, *Adolecer*², fue escrito entre 1965 y 1967, un momento que puede considerarse de emergencia prerrevolucionaria en Argentina, y que se desarrolla –más allá de particularidades nacionales como el “peronismo de la resistencia”– en un contexto latinoamericano signado por el proceso abierto por la Revolución Cubana en 1959, el mito creciente en torno al Che Guevara y el surgimiento del cristianismo liberacionista que enfrenta a

Es un destacado poeta, autor de obras de teatro, cuentista, novelista, y periodista. Su trabajo testimonial tal vez más conocido sea *La Patria Fusilada*, en el que recaba las voces de los tres sobrevivientes de la masacre de Trelew perpetrada durante la dictadura de Lanusse, el 22 de agosto de 1972. Murió en 1976 en una encerrona que le realizan las fuerzas represivas en Mendoza. Había sido enviado allí por la cúpula de Montoneros.

- 2 *Adolecer* está dedicado a la que fuera su pareja en la década de 1960, Zulema Katz, quien lo vinculó al mundo del teatro. Ese mundo significa para Urondo una experiencia maravillosa desde dos puntos de vista: uno, por ser un intenso instrumento de representación movilizadora, excepcional para la convocatoria a la acción directa, tal como hace en todas sus obras; y otro, porque le permite el desarrollo pleno de la polifonía.

las estructuras eclesiásticas oficiales. Un tiempo en el que está presente la percepción de que la época de la revolución ha llegado y con ella la redención.

En este poema podemos ver la mixtura que intencionadamente realiza el poeta: la literatura sagrada occidental –la Biblia³–, los escritores cultos españoles como Bécquer, los cultos pero revolucionarios como José Martí; los cultos de la Argentina como Borges; los cultos vanguardistas a los que admira, como Girondo; los bohemios comunistas como Raúl González Tuñón; su compañero de militancia política y poética, Juan Gelman. Pero también está el registro popular de los tangos, algunos de ellos en lunfardo; la gauchesca con los versos de Martín Fierro; la cultura de masas de la radio a través de discursos referidos a la transmisión de carreras de autos, boxeo y fútbol; de la canción trivial de los mass media; la propaganda de Coca-Cola. Toma la tradición de Aristófanes para desacralizar a los dioses del Olimpo; el discurso del revisionismo histórico referido a las montoneras y los caudillos; las voces de las crónicas de Ulrico Schmidl y del gran “civilizador” Domingo Faustino Sarmiento. Urondo habla con las voces de otros construyendo una nueva gran significación: ellas son su médium. Todo se resignifica en el sentido de decir “aquí ya no hay más que hacer sino la revolución: ha llegado el tiempo de la guerra y de la ira”.

Para esto desplaza el tiempo cronológico: las diversas culturas se ponen en paralelo y se muestran en el mismo momento de este Apocalipsis. Los oprimidos del pasado estallan en este tiempo-ahora; se puede decir que se interpenetran los discursos –las visiones– benjaminiano y cristiano.

Es importante recordar aquí a Bajtin quien plantea que un discurso directo está lleno de enunciados ajenos y que aun la propia lengua del autor es una de las lenguas posibles (1998: 307). Por su parte, Voloshinov sostiene que el hombre está pleno de discursos internos y que siempre existe un primer momento de comentario y uno segundo de réplica (1992: 159), por lo que se dan una serie de matices en los distintos tipos de discursos que se mueven entre dos polos: el monológico y dogmático y el dialógico, capaz de comprender e interpretar. E insiste en que no hay que aislar las formas de transmisión del discurso ajeno del contexto transmisor, porque en la interrelación que se da entre lo ajeno y lo autorial existe la posibilidad de conocer el proceso de comunicación ideológico-verbal (1992: 160).

Por su parte, Deleuze y Guattari en “Postulados de la lingüística” de *Mil Mesetas*, referenciándose en Bajtin, Pasolini y Foucault, sostienen que la enunciación siempre es social, nunca individual y que ni siquiera hay sujeto

3 Aparecen citas del Génesis, el Éxodo, los Salmos de David, el Eclesiastés, el Cantar de los Cantares, las Lamentaciones de Jeremías, los Evangelios de San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan.

de la enunciación; la subjetivación se produce sólo en la medida en que es un requerimiento colectivo. Por esto es que destacan el valor del discurso indirecto y del indirecto libre porque en ellos los límites entre lo colectivo y lo individual no son claros. Es este discurso el que permite explicar “todas las voces presentes en una voz” (1997: 85). Para ellos, el discurso indirecto abarca la totalidad del lenguaje, y el directo es un fragmento de esa masa. De ese rumor es de donde extraemos nuestro propio nombre, y este no es un hecho plenamente conciente ni depende “de mis determinaciones sociales aparentes” (89). Por esto, sostienen que la escritura es la reunión de muchos signos individuales heterogéneos; es “sacar a la luz ese agenciamiento del inconsciente, seleccionar las voces susurrantes, convocar las tribus y los idiomas secretos de los que extraigo algo que llamo yo” (89).

Desde esta perspectiva podemos decir que una voz, el autor, es un murmullo de voces que expresan su tiempo y también otros tiempos, y esa voz no solamente construye significado a partir de hechos que ya han devenido sino que tiene la capacidad de producir nueva realidad, si es que entendemos por realidad todo aquello con lo cual podemos entrar en diálogo. Diálogo que puede ser, entre otras múltiples opciones, divergente, confrontativo o complementario. Es decir, que las palabras y las cosas se interpenetran en un movimiento de rizoma que hace imposible que se las pueda reducir a sistemas monocausales tales como los que sostienen que el contenido determina a la forma, o viceversa; o que la literatura es un reflejo de la realidad. Según Deleuze y Guattari tampoco estas relaciones podrían expresarse con sistemas dialécticos.

La voz de Francisco Urondo es el murmullo de otras voces que expresan su tiempo y en algunas de sus obras, como *Adolecer*, esto se lleva a la máxima expansión. La polifonía se desarrolla de la mano de su sumergirse en el mundo de la revolución y se expande en este poema-libro de siete cantos. Aquí, además, hay una intencionalidad de romper el tiempo cronológico y lo logra: la historia se alterna de manera chispeante con el presente; se mezcla en el poema a los irala, los dorrego y los che guevara, a los frondizi y los mitre; los pancho ramírez, los quiroga, los rosas, los lópez jordán, con el presente agobiante de traiciones que sufre el pueblo. El título hace referencia al dolor que produce el crecimiento, y también, a cómo en esa inocencia adolescente del pueblo, los diversos poderes establecidos han ido desarrollando una continua entrega de la nación a los poderes expoliantes extranjeros.

El tono del poema es el del murmullo de confesión, a veces en un aparente divague propio de la conversación no formal; pero a veces se torna mesiánico y omnipotente: cuando se advierte que se acerca el tiempo de la ira, de la guerra, del combate y entonces se recurre al discurso religioso. Pero la particularidad

de Urondo es que se coloca en papel del que también sufre como los otros, también tiene incoherencias, culpas, pecados que expiar, dolores con los cuales disputar el espacio de la vida. Urondo se coloca ante nosotros desnudo: también en sus prejuicios, defectos y necesarias condenas.

En *Adolecer*⁴ Francisco Urondo nace en otro, es decir se pone en evidencia una transformación del sujeto reformista en sujeto revolucionario, dentro de una perspectiva nacionalista; esto tiene que ver con el marxismo mediatizado por el nacionalismo revolucionario de la izquierda peronista a la que pronto adheriría al incorporarse a las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) que combinarán guevarismo con peronismo y lucha armada. Con mucho peso en este poema está presente el cristianismo liberacionista (Cfr. Micael Löwy) porque es el momento de crecimiento del movimiento de sacerdotes del Tercer Mundo, tal como se denominan en Argentina los cristianos que realizan su opción por los pobres y en algunos casos, por la lucha armada.

Hay diversas formas de cita en este poema: colocar en bastardilla el texto prestado e incorporarlo a la propia voz autorial, la que a veces toma distancia y lo coloca entre comillas, y otras, polemiza con ese texto invirtiéndole el sentido. En algunas ocasiones identifica la autoría de las voces a las que recurre, pero otras no: las citas bíblicas, las de Ulrico Schmidl y los poetas cultos o populares no están identificadas, sí escritas en bastardilla. Sarmiento, por el contrario, sí es nombrado y la cita entrecomillada. No hace referencia específicamente a los títulos de las letras de tango, pero sí menciona a autores o cantantes como Alberto Castillo (226), Piazzola y Troilo (227), Discépolo (229), Carlos Gardel (226), Edgardo Donato (230). Y además alude a la cultura del cine norteamericano y europeo a través de comparaciones que tienen como protagonistas a Humphrey Bogart (227) o a Jean Gabin (255).

En el primero de los siete cantos del poema confluyen el Génesis y las crónicas de Ulrico Schmidl referidas al hambre que padecen estando sitiados y bajo el mando de Domingo Martínez de Irala, al que el poeta considera un primer revolucionario (212). Se mezcla también el relato bíblico del origen de la humanidad con el Martín Fierro, en el momento en que el poeta invoca a los santos del cielo para referir la historia de su país:

*... hagamos al hombre
a nuestra imagen, conforme
a nuestra semejanza, ya que se trata de una ocasión
tan dura; no por las desdichas
personales o las alegrías de cada uno; o por los trofeos,
sino*

4 Todas las citas provienen de *Todos los Poemas*. Bs. As., Ediciones de la Flor, 1972.

por el país que nos ha sucedido. Es
una fama sin sustento; una realidad. *Santos*
milagrosos, yo soy
esta patria, vengan en mi ayuda (216).

Este sumergirse en los textos y construir nueva significación es una de las marcas más notables de sus poemas, que se intensifica a partir de este momento y que remite, en el caso de *Adolecer*, a las voces extendidas en el pueblo, estén o no manipuladas desde el poder. El sentido es, creo, demostrar que esa voz masificada puede ser resignificada por un nuevo poder popular, en virtud de que lo institucionalizado está absolutamente corrompido y ha dejado de funcionar. Si esto es posible puede dejar de afirmarse que todo está alienado por la propaganda⁵. Lo destacamos por el uso que hace de las voces del tango, del poema de Gelman “Himno de la Victoria (en ciertas circunstancias)”, y del relato radial referido al box, las carreras de automóviles y el fútbol:

... Los filósofos griegos
vendían cigarrillos; en Monza
entran
a toda velocidad en la curva
bien peraltada, sin
que la pelota llegue a tocar
la gramilla; levitados,
casi griegos, hasta que un día
Gatica o Fangio o Pontoni,
trompada va, trompada viene, pasarán
los años y este circo de violencias
donde es fácil *sentir*
que es un soplo la vida, que se miente
en cantidad amigos míos,
que empieza ahora
el último round y Picada baja la guardia
y uno debe rematar la jugada, patear
con urgencia el acelerador (229).

En *Adolecer*, Urondo se interna en el proceso histórico argentino retomando la tradición de las montoneras del siglo XIX hasta llegar a las luchas populares contra la dictadura de Onganía, es decir, el presente de la producción del poema. Reivindica a algunos de los caudillos como al entrerriano Pancho Ramírez y su esposa Delfina; al coronel Dorrego, a quien fusiona con el Che; destaca el carácter nacional de la gestión de Juan Manuel de Rosas. Ataca a

5 Urondo seguirá considerando a los medios de difusión de masas como alienantes, tal como puede corroborarse en “Concepto de vanguardia” de *Crisis* N° 17 de 1974, donde mantiene la posición expresada en la *Introducción a Primera reunión de arte contemporáneo* de 1957.

toda la tradición liberal y habla expresamente del mitrismo como responsable de la entrega al Imperio Británico. Toma en definitiva en este poema la tradición de lucha de los caudillos, reivindicada por la izquierda peronista. Esta revisión de la historia había sido realizada por el nacionalismo pero no desde la gestión estatal durante los primeros gobiernos peronistas, en donde la galería de próceres había continuado siendo la misma que la de la tradición liberal (Cfr. Ciria 1983).

En el momento de la producción de *Adolecer* este proceso está en plena construcción de la mano de intelectuales como Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos, ambos provenientes de diversas vertientes de la izquierda; otros de la tradición de F.O.R.J.A. (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) como Arturo Jauretche o Raúl Scalabrini Ortiz; y algunos de extracción yrigoyenista como Juan José Hernández Arregui. Pero también el pasado de la lucha americana contra el “europeísmo” es recuperado por intelectuales ligados al guevarismo y no-populistas, como André Gunder Frank⁶, en debates que se desarrollan en Cuba y en otros países en busca de la vía socialista, como Chile.

Urondo se inscribe en esta tradición interpretativa de la historia. Recordando las palabras del Eclesiastés respecto de la avaricia, recupera la figura del caudillo federal Pancho Ramírez quien protegía a los gauchos acusados de vagancia por quienes se querían apropiar de sus espacios libres de alambrado:

Francisco Ramírez y su mujer vivían
como adolescentes en un país
que recién despertaba a la adolescencia, no
atinaron demasiado, pero sufrían

6 Gunder Frank, para quién Perón es un representante de la burguesía como Justo u Onganía –en *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo* (98)– reivindica las luchas que llevaron a cabo los americanistas llamados bárbaros por Sarmiento contra los europeístas liberales. Desde su punto de vista la política liberal significó un nuevo estrechamiento “de relaciones de dependencia con la metrópoli europea” (61); los americanistas, en cambio, fueron en general proteccionistas y se opusieron a las políticas librecambistas de los liberales; también eran propietarios –algunos grandes hacendados– pero se apoyaron en sectores populares. Gunder Frank afirma que la experiencia argentina es “el caso más espectacular de las luchas que vivió casi toda Latinoamérica durante medio siglo después de alcanzar la independencia formal” (65). Y concluye diciendo que los partidarios europeos son los que como lumpen-burguesía han constituido lumpen-Estados nacionales “que nunca alcanzaron una verdadera independencia” y que han sido muy adecuados instrumentos para una política de lumpen-desarrollo (67). Con la redundancia en el prefijo “lumpen” antepuesto a burguesía, Estado y desarrollo, nos dice que no pueden llegar a ser ni progresistas, ni nacionales, ni independientes nacionales. Recordemos que Marx llamaba lumpemproletariado a los sectores sociales desclasados que desde su punto de vista el único papel que podían cumplir era el de ser instrumento de la dominación y actuar en contra de sus hermanos de clase.

de un mal incurable, por aquellos años
y por estos: adolecían
sin remedio. No quisieron
delirar o prescindir: juntaron
puños y desdichas de gente de buena memoria
y, sin agobios, continuaron
peleando. La vida de ellos fue
un gran golpe y las aguas pesadas
del Paraná acariciaron varias veces la bota
y el potro. Habían olido
la libertad de cambio de los porteños
libres de espíritu; el portento
de los dueños, los ademanes
de la avaricia –*el que ama el dinero*
no se hartará de dinero–, los odios cerriles,
bordeando los alambrados flamantes. Pancho
Ramírez y
la Delfina, protegieron a sus hombres, esos que andaban
por ahí, acusados de vagancia; desenredaron
la vida por un tiempo demasiado corto (236).

Dorrego también aparece en la galería nacional antiliberal, victimizado por el unitario Lavalle. Juan Manuel de Rosas es la figura que asciende luego del asesinato de Dorrego, representando los intereses de los hacendados de la provincia de Buenos Aires, pero ajeno a la tradición unitaria. Su imagen nunca nos es entregada por Urondo de manera clara, aunque reivindica aquí su enfrentamiento a las metrópolis durante el bloqueo anglo-francés apoyado por los jóvenes de la generación del '37. Así, dice el poeta:

No muere de muerte natural, quien se deja
matar antes de tiempo. No destruye
los olvidos ni los tristes amores: muere
en manos de su conciencia, fusilado
por la preocupación y las celadas de Ponsomby y otros
secuaces –Juan Cruz
y Florencio Varela y Salvador
María del Carril– y Lavalle
convierte
al coronel Dorrego en otra víctima
del aire que el país demanda
para respirar. Las pasiones
incautas, la buena fe. La adolescencia
que cae fusilada por los cómplices
y los embajadores. Arrastrando

los campos privilegiados
de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas producirá
anécdotas, interpretaciones, miedo, corajes,
valentonadas; enfrenta
al represor
de la Comuna de París y a los ingleses
que destrazan
a cañonazos las cadenas efímeras de Mansilla
y la imagen
del coronel Dorrego irá creciendo
como una advertencia inesperada: jugando
se comienza a decir alguna verdad, se la defiende
y luego llega la luz
y los riesgos y fácilmente
se cae de rodillas
ante la mirada ciega
del pelotón que recibe órdenes precisas (249-50).

Ubica a Rosas en la lógica del antiprogreso tecnológico porque es el impedimento para la concreción de la libre navegación de los ríos interiores, razón por la cual se ha realizado el bloqueo anglo-francés. Esta lógica antiprogreso es positiva para Urondo; pero a la vez presenta a Rosas como un terrateniente bonaerense que oprime a otras provincias. Aparece también Urquiza traicionando la lucha popular por ser fiel a sus intereses de gran hacendado al abandonar el campo de batalla (260). Y Urondo fusiona los tiempos, al cambiar el sentido a la consigna que el general Lonardi habrá de levantar en 1955 luego de derrocar al segundo gobierno constitucional de Juan Domingo Perón: “ni vencedores ni vencidos”; alude a la traición de la causa federal por parte de Urquiza, pero ahora el poeta dice: “vencedores y vencidos”. Es fuerte la presencia de los que vencen, los librecambistas y entregadores a la nueva metrópoli: Mitre, la agroexportación, el sometimiento a los capitales ingleses, el ferrocarril, los teléfonos; el orden y el progreso instaurados por la oligarquía:

El barco sin velas navega
por primera vez las aguas del Paraná
y del Uruguay. Es el vapor
de agua, la nueva fuerza que moverá el mundo; es
el progreso
y Rosas, receloso,
ahoga otras provincias, no les deja
fabricar un poco de pólvora por el amor
de Dios, para extraer
en la blanca edad de las industrias
y no para volar

la tapa de sus sueños celestes. Urquiza exhibe
por la calle Florida,
a un paso del puerto y la aduana, su divisa
punzó; se hablaría ya en las calles de “vencedores
y vencidos” y sería tarde
para juntar lanzas del interior
y Mitre abriría
las piernas de la patria que habíamos
jurado defender y vendría
el progreso
y el ferrocarril llevándose
hasta el puerto que supimos concebir,
el trigo, nuestros sueños dorados,
cotizados en Londres
nerviosamente, por los flamantes teléfonos (253-4).

Este progreso es impuesto por el exterminio y el terror. Urondo lo dice con las palabras de uno de los pilares de la “argentina moderna”, Domingo Faustino Sarmiento. En este caso entrecomilla la cita, la distancia de su propia voz:

... Nuestra
base de operaciones debe ser la audacia
y el terror-amenaza Sarmiento
a los chupandinos: el miedo
es una enfermedad endémica
en este pueblo (255).

Manifiesta una posición crítica respecto del liderazgo de Perón –toma la marcha peronista y la escribe en tiempo pasado– e indica que es el propio pueblo el que tiene que tomar el poder en sus manos. No sólo tomar un poder simbólico, sino también armarse para destruir la realidad que lo oprime y construir una nueva sociedad. Con la cita del tango le advierte a Perón que el tiempo lo ha de atrapar o que el tiempo lo corre:

... Mi coronel, qué grande eras, qué
temeroso
de los parientes ricos de
propiedad de espíritu y de tierras: *guarda
tené cuidado
que te cacha el porvenir* (230).

... No fue sin duda
aquella nuestra lucha, por más que tartamudeara
el soberano anunciando
el apocalipsis. No era eso tampoco, sino

una de las tantas guerras, públicas
o personales, por la primacía. La guerra
entre avaros y nosotros pensamos
que era nuestro combate y salimos
a gritar... (242).

Las propuestas de conciliación de clases sociales han fracasado y siempre han tenido un poder de ficción y ocultamiento de cuáles son los verdaderos intereses de los explotados. Hemos creído estar incluidos en un bando pero en realidad éramos los convidados de piedra y los engañados. Urondo no propicia, entonces, la unidad de la nación en términos abstractos: para salvar a una parte es necesario eliminar a la otra que en el poema se identifica genéricamente como los que dominan y entregan la patria: los liberales. Desde esta perspectiva antiliberal hay que leer el “nadie va en coche al muere”, que contradice el poema de Borges; el liberalismo es el mal y el pueblo, en *éxodo*, debe ser salvado; pero esto no tiene un discurso sencillo, mucho dolor produce. Urondo manifiesta estos núcleos conceptuales con el texto del Éxodo y de la Lamentación 3 de Jeremías:

... muchos llegaron
así a gobernar sus países en este continente
golpeado, conciliaron ecuménicamente
rebeldías de juventud;...

Aquí no hubo víctimas ni frustraciones. Hay
una larga escaramuza, pocos encuentros, algunas
bajas imponderables, delaciones. Nadie
va en coche al muere, sólo
los elegidos; hemos
venido a derramar la sangre de nuestros
hermanos que son también
nuestros traidores...

... y *tornó el mar en seco*
y *las aguas quedaron divididas* y arrancaron
la piel
del liberalismo, y saltan
con la memoria empujando el tiempo (243-4).

Los privilegios se arrancan y la adolescencia
se consume, el mundo
se pone serio, se dispone a morir. Muestra
los dientes y caen fusilados los blasones
de la seguridad; nadie nos protege...
y Perón también duda

y todo queda entre amigos,
entre facciosos,
entre caballeros, entre cortesías y *acuérdate*
de mi aflicción y de mi abatimiento (250).

El tiempo pasado se ve desde el presente, desde la posibilidad revolucionaria percibida ahora. Se va intensificando una carga de indignación y de sofocamiento. Todos los caminos de las reformas quedan cerrados y son falaces: las diversas posibilidades electorales con su sistema de partidos y de fraudes; las múltiples alternativas promovidas por diversos caudillos, jefes o líderes; en la vida cotidiana los hombres están controlados por el trabajo y la represión estatal. Dice Urondo, tomando el concepto del Eclesiastés: “ha pasado el tiempo de la espera”, y con la Lamentación 5 de Jeremías anuncia la renovación de los días que al presente es la revolución. Pero debe estar pensada desde nuestra situación: el poeta rechaza las copias de otras revoluciones y lo dice invirtiendo el sentido del padre nuestro: “líbranos de todo amén”; no acepta la vía insurreccional porque lleva a la derrota y no tiene en cuenta las condiciones histórico-culturales de nuestro pueblo; toma como propias las formas de lucha armada de la tradición guevarista. Opone la vida de mimesis, alienada por la propaganda –ahí refiere el “*todo va mejor con coca-cola*”– e instrumentada por los que sí saben lo que hacen cuando oprimen –aquí invierte el sentido de la expresión de Jesús al ser crucificado–, al camino de la resurrección religiosa de San Lucas 11: *bienaventurados los que guardaren mis caminos*:

... Ha pasado
el tiempo de la espera, de no elegir
las opciones, los comicios
han caído
con el general hace más de treinta años, con los padrones,
punteados, y la libreta de los muertos, y las
listas incompletas y los próceres
de trapo –*corazón de papel*– y los atentados
entre caudillos y los reñideros
de mi abuelo. Nada puede esperarse, es otra
edad: *Renueva*
nuestros días como al principio... (251).

Muro que no caerá fácilmente, que nos enrarece
y nos despierta en otros gestos, en otros
idiomas que veneramos
y aceptamos como buenas amas de casa
y así *todo*
va mejor y ellos saben lo que hacen
y no tenemos otra cosa que copiar un poco, sin
odiarnos, por favor; ver y espiar lo que otros

han hecho, apelar
a la seguridad y no caer
en la tentación
y líbranos de todo mal, de todo amén. Copiando
a brazo partido; también
la insurrección, masticando
la incertidumbre, asegurando el éxito,
el triunfo de otros, hasta que el porvenir
no llegue y no destape
más botellas y recién entonces partiremos
hacia el frente y derrumbaremos
estos escombros *–bienaventurados
los que guardaren
mis caminos–*, el muro alrededor
del que nos paseamos; el patio
de la cárcel, la vieja pared
preventiva,
en averiguación de antecedentes, de mala
memoria. Es la primera línea
de futuro indivisible, aparentemente
muerto; es el porvenir que debe resucitar
en nuestras manos, aunque haya pasado
hace mucho el tercer día... (256-7).

El relato histórico es introducido por el relato bíblico y los padecimientos del pueblo oprimido y su liberación son referidos con palabras del Éxodo. La venta de la patria por la oligarquía es colocada en símil con el faraón de Egipto y su injusticia hacia el pueblo de Israel, por eso aparecen los primeros signos de la venganza divina (243). Versos de las Lamentaciones de Jeremías y de los Salmos de David son los que tomará Urondo para expresar el desamparo de los castigados, los abandonados, de los que buscan a dios sin encontrarlo y sufren por las miserias que los poderosos, los avaros, le imponen; por eso dice:

*Mis ojos desfallecieron
de lágrimas, rugieron
mis entrañas; no había elegido
perderlas, irme de la ciudad; la calle
se colmaba de gritos y mi padre y otros
santos liberales, estaban pálidos...* (248).

... la adolescencia es el primer vino y no
los recuerdos; *no escondas
tu oído a mi clamor*. La inocencia
de los hombres solitarios o agrupados en los grandes
espacios abiertos y enrarecidos... (250-1).

Respecto del trabajo y de la enajenación que produce en el capitalismo, este poema pone en evidencia un rechazo a la cultura del trabajo. Para Urondo el trabajo no dignifica, y cita el Eclesiastés. Toma la referencia bíblica para alejarse de las culturas oficiales –cristiana, peronista, capitalista y socialista– centradas en la ideología del progreso. La opresión y la explotación generan tristeza y de ellas no surge el deseo de la revolución:

Un ómnibus cansado por la derrota, llega
hasta una casa tristísima, a una calle
sin veredas. Zanjas
aguas metálicas y penumbra. Los hombres
descienden y se diluyen
en el cansancio, en la costumbre,
en la impotencia, en la traición: *qué provecho
tiene el hombre de todo
su trabajo con que se afana
debajo del sol*; un trago
puede animarlo o exasperarlo
un poco; pero al día siguiente, seguirán saliendo
por esa puerta, viajarán
y regresarán al ghetto de los pobres (236).

Los *Manuscritos Económico-Filosóficos* de 1844 de Carlos Marx, determinan en el poeta la concepción que tiene del trabajo y de los trabajadores: toma la categoría del trabajo como alienante por ser el producto de una relación también de alienación que se da entre los hombres dado que unos son propietarios de los medios de producción y los otros no. El trabajo así planteado sólo sirve para alimentar al capital y destruir al obrero. El hombre lo que más desea es alejarse del trabajo porque es lejos de él que puede sentirse a sí mismo, mientras tanto sólo tiene la vivencia del extrañamiento.

Esta es la visión que encontramos en *Adolecer* cuando el poeta dice que el hombre no tiene ningún provecho del trabajo que realiza y que siempre tiene que volver al “ghetto de los pobres”⁷.

7 En el “El trabajo enajenado” de los *Manuscritos*, dice Marx que la objetivación del trabajo en un objeto manifiesta “la privación de la realidad del obrero” quien ante su propio producto se siente extraño ya que se le es apropiado por otro; la realización del trabajo significa la aniquilación del hombre quien a veces es “anulado hasta la muerte por hambre”, pero sin llegar a ella, al obrero se lo despoja de los objetos de trabajo y de su propio ser del que se puede apoderar de una manera cada vez más interrumpida e irregular, según el ritmo de trabajo que se imponga. “Cuantos más objetos produce el obrero menos puede poseer y más cae bajo la férula de su propio producto, del capital” (1984: 75). El trabajo es enajenante porque siempre es algo externo al obrero, quien se niega en su trabajo, se siente a disgusto, “no desarrolla sus libres energías físicas y espirituales, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu”.

La extensión de la calificación de *enajenado* a todo trabajo lleva a considerar que nada puede hacerse dentro del trabajo en contra del capital, sino que más bien hay que liberarse de ese yugo esclavizante para ser plenamente humano. Se debe eliminar la propiedad privada, el capital y el trabajo con su salario como categoría de intercambio. Por esto no es extraño que Urondo no vea como sujetos sociales de la revolución a los obreros, sino que considere que la modificación revolucionaria deberá venir desde afuera, a través de una vanguardia que nos libere de las cadenas enajenantes del capital, y esa vanguardia va a actuar por vía de la lucha armada hasta generalizar la guerra del pueblo. Esto mismo aparece en *Adolecer* con un discurso interpenetrado por el Eclesiastés y de tono profético, en el sentido de que el tiempo de la revolución vendrá necesariamente, claro que de manera circular, es decir que vendrán alternativamente unos tiempos y otros:

Para todas las cosas hay sazón y todo
lo que se quiere debajo del cielo,
tiene su tiempo. Tiempo
de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar
y tiempo de arrancar
lo plantado. Tiempo de matar y
tiempo de curar; tiempo de destruir
y tiempo de edificar; tiempo de llorar
y tiempo de reír. Tiempo
de endechar y tiempo de bailar; tiempo de esparcir
las piedras; tiempo de allegar
las piedras; tiempo de abrazar
y tiempo de alejarse
de abrazar; tiempo de agenciar
y tiempo de perder; tiempo de guardar y tiempo
de arrojar; tiempo de romper
y tiempo de coser; tiempo de callar
y tiempo de hablar. Tiempo de amar y tiempo
de aborrecer, tiempo de guerra y tiempo de paz.

La noche irá preparando
sus filos. Aunque esté condenada
por la espontaneidad de los adolescentes
que pueden equivocarse,
destruirse: en cierta medida estará anegada

En el trabajo se encuentra fuera de sí; sólo fuera de él vuelve a ser sí mismo. Su trabajo es forzado; no satisface su necesidad sino necesidades extrañas a él, por eso es que “huye del trabajo como de la peste, en cuanto cesa la coacción física, o cualquier otra que constriñe a realizarlo” (1984: 78).

por los sueños dorados, las sustituciones
del alcohol, los rencores
mansos o ebrios que no alcanzan
peligrosidad. Pero indefensos dejarán de serlo
hasta los dientes. *Sí, alaridos
como de vidrio*, irán calibrando
el acero y el pulso; descartan
el regreso del general, el sortilegio
de los fracasos, la voz de tantos
cantores, sus famas
perfectamente adquiridas. Recuerdo,
los ruidos opacos de la cureña. Respiro
la voz tartamuda y suave
que anuncia los peores desastres (237-8).

En este caso el elemento mesiánico se deriva al “general”, en alusión al general Perón; la palabra “descartan” tiene un uso ambiguo: ¿está de más el regreso del general para llevar adelante la revolución o sólo se puede llevar adelante con ese regreso? En el ‘70 su definición será por sí al regreso. Aquí hay claros signos ominosos de futuros desastres: ¿por la derrota?, ¿por el efecto de la violencia vengadora de la injusticia?, ¿por la alienación a manos de un mesías, como puede ser Perón?

Hay una sintonía entre la visión apocalíptica de *Adolecer* y la concepción mesiánica de Carlos Olmedo, de las FAR⁸ por la cual se debe ir a destruir esa telaraña de la ideología dominante que ata al sistema y que compromete a todos en su dinámica.

En este poema Urondo expresa su decisión personal de compromiso y no le preocupa conservar la vida si es por luchar para cambiar la realidad, aunque esa situación le genere miedos y aprensiones. Afirma una vez más que la búsqueda de la libertad está anegada de sangre, de prisiones, de sufrimientos y toma los XXIII *Versos Sencillos* de José Martí, vinculándose así con la tradición romántico-liberal; también con la de reivindicación de la resistencia montonera del siglo XIX con el estribillo de la zamba *Felipe Varela*, canción popular referida al caudillo que lucha contra el liberalismo durante la época de la presidencia de Sarmiento:

8 Olmedo es uno de los intelectuales más destacados de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), organización político-militar del peronismo revolucionario, a la que Urondo se integra en 1970, llevado por su hija Claudia.

... No quiero
 ocultar las cautelas, los miedos. Mi rabiosa
 esperanza en esta vida que tarde
 o temprano voy a perder; esta vida
 que sonrío, que muestra
 los dientes como un perro rabioso, dejándonos
 las manos vacías de fáciles y tortuosas esperanzas... (258-9).
 ... El terreno
 que se gane a la libertad –*Felipe*
Varela viene– será un terreno
 anegado de sangre y virtud
 de muchos prisioneros: *no me tiren*
en lo oscuro, a morir
como un traidor, yo soy bueno
y como bueno, moriré
de cara al sol... (259).

En *Adolecer* se profundiza la duda respecto de qué es lo que se busca; su confusión es de un nosotros que quiere “empujar el tiempo”, desplazarlo, construir otra dimensión. Y esa búsqueda es laberíntica: “cruzo arenales y cornisas, esquivo / laderas, sorteaba / peligros inútiles, y no sé si todo/ esto ha servido para algo” (246). A lo largo del poema va aumentando su sufrimiento y su bronca y se siente casi compulsivamente obligado a dar su vida para revolucionar. Lo expresa con la voz del tango “como una condena”:

... debo confesar
 mi tristeza que ruge y afila
 las uñas, *como una condena*,
 como si estuviera a punto de partir
 en dos este universo que pisamos
 como una tumba, como el día menos pensado (261).

En *Eros y civilización* Marcuse recuerda a Walter Benjamin en su afirmación de que son “las clases revolucionarias en el momento de la acción” las que desean conscientemente romper “la continuidad de la historia”. El tiempo pierde su poder cuando por el ejercicio de la memoria de los oprimidos, el recuerdo redime al pasado, se hace real y se traslada a la acción histórica (1971: 215). *Adolecer* es un ejercicio contra el olvido y una “restauración de los derechos de la memoria” (1971: 214) como vehículo de la liberación, de ahí que pase revista a la resistencia popular de la Argentina llevada a cabo en los siglos XIX y XX⁹.

9 En las categorizaciones que expresa Urondo está presente Maurice Dobb con su *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* (primera edición en inglés: 1945; primera en español: 1971). En este libro, difundido en la Argentina entre las diversas vertientes de la nueva

En *Adolecer* como en su obra de teatro *Archivo General de Indias* se vislumbra el concepto de que la construcción del relato histórico está siempre en movimiento, por un lado porque aparece como justificador de los que ganan, pero también como fundamento de los que se rebelan; asimismo, hay una concepción de cierta circularidad en el movimiento de las sociedades en las que siempre aparece la opresión a la vez que siempre hay subversión, revuelta, revolución¹⁰.

izquierda, se sostiene: “Señalar un proceso de acumulación de capital como etapa esencial en la génesis del capitalismo pudiera parecer, a primera vista, una afirmación elemental que nadie discutiría. Que una clase de capitalistas tuvo que acumular capital antes de que fuera posible iniciar empresas capitalistas de gran envergadura y el capitalismo pasara a ser el modo de producción dominante, quizá parezca a muchos algo demasiado obvio para que se necesite destacarlo. Pero cuando comenzamos a indagar la naturaleza exacta del proceso que pudo conducir a esta reunión de capital, aquella afirmación se muestra menos elemental, surgiendo algunos interrogantes serios. Por lo demás, hubo quienes consideraron un mito la existencia de una etapa específica de acumulación de capital, una etapa separada en el tiempo y anterior al desarrollo de la propia industria capitalista... ¿Debe concebirse como una acumulación de los propios medios de producción, o bien de derechos o títulos de patrimonios susceptibles de convertirse en instrumentos de producción aunque ellos mismos no sean agentes productivos?... ¿Por qué el surgimiento de la industria capitalista habría de requerir un período entero de acumulación *previa*? ¿Por qué la acumulación de capital –en el sentido de objetos tangibles– no se identificaría con el desarrollo de la industria misma? Históricamente, no hay testimonios de que capitalistas hayan acumulado durante décadas máquinas de hilar, telares, tornos o *stocks* de materias primas, en gigantescos almacenes, hasta el momento en que estuvieran lo bastante abarrotados para iniciar la industria fabril...” (Dobb 1999: 215).

Así queda bien determinado el papel que cumple para el capitalismo el primer tiempo de acumulación, en la época de la expansión colonialista, y la vinculación que tiene con el segundo tiempo de acumulación “en que los bienes son vendidos en un momento de alza y en condiciones que hacen particularmente interesante la inversión industrial” (Deleuze y Guattari 1998: 233).

Teniendo en cuenta esta afirmación es que podemos comprender la valoración positiva que se realiza de la resistencia popular del siglo XIX encabezada por Felipe Varela, Manuel Dorrego, aún Juan Manuel de Rosas o Francisco Ramírez, porque son un obstáculo para la segunda expansión imperial, la del auge del libre mercado liberal, como asimismo el rol de entregadores que se atribuye a Bernardino Rivadavia y luego a Mitre y toda la oligarquía agroexportadora.

10 En *Archivo General de Indias*, El Hombre en su personaje de Napoleón dice: “La gente distinta complica las cosas, siempre lo he dicho. Los problemas raciales comienzan allí; también las luchas intestinas, las guerras fratricidas. (*Poniéndose de pie, pavoneándose un poco*) En realidad he propiciado muchas revoluciones, sin proponérmelo, tratando justamente de que no se produjeran. (*Más serio*) En honor a la verdad también he impedido algunas o las he postergado. (*Resignado pero con firmeza*) Lo importante es saber que nuestro trabajo en la historia siempre será inútil, porque esto no terminará nunca: a uno lo empujan y lo empujan porque hay que correr de un lugar a otro, cambiando todo de lugar para mantener un orden frente a los cambios. Y no advertimos que ya es otro el orden, o que ya no le interesa a nadie ese orden y perdemos la cabeza, porque nos damos cuenta que fundamos un imperio sobre la mentira, y así aparecen los primeros mítines, adelantándose siempre, anunciando la subversión, la nueva realidad (*Se quita el gorro de napoleón y toma la espada*)” (1986: 246).

Esta concepción de la historia es la que toman Deleuze y Guattari en el *Anti Edipo* ya que para ellos no existe posibilidad de muerte natural del capitalismo, que –dicen– “tiene la costumbre de alimentarse de las contradicciones que levanta, las crisis que suscita, de las angustias que engendra y de las operaciones infernales que la revigorizan” (1998: 1578). Por lo tanto para ellos la historia es “una realidad dinámica y abierta de las sociedades”; un estado de desequilibrio oscilante e inestable que implica conflictos institucionalizados y otros “generadores de cambios, rebeliones, rupturas y escisiones” (157).

En *Adolecer* la circularidad¹¹ está expresada en la toma de la palabra del Eclesiastés para anunciar que llega el tiempo de la venganza y de la guerra (1972: 237-8).

En otras obras como en la novela *Los Pasos Previos* (1973) la concepción que aparece es que indefectiblemente se va producir la revolución, o que la historia se pondrá del lado de los oprimidos (1999: 110) y que por eso tiene sentido el sacrificio (219-20), aunque a los hechos históricos haya que promoverlos creando las condiciones subjetivas, porque nunca van a estar dadas todas las condiciones (327-8), tal el pensamiento guevarista. No es una concepción simplista del progreso ni de la necesaria catástrofe del sistema capitalista, tal la creencia de la ortodoxia de los partidos comunistas, sino una visión en la que la espera (89), la voluntad, la construcción al presente para tensar desde otro poder y construir nueva realidad, están vibrantes.

Otro concepto fundamental que debemos destacar de esta perspectiva heterogénea a la interpretación marxista de los Partidos Comunistas –la “vieja izquierda” como la llama Urondo– es el descentramiento del tiempo europeo. La internacionalización del capital no significa la uniformidad en el desenvolvimiento del proceso histórico para todo el planeta, sino todo lo contrario, dado que, como ya hemos señalado, el capital a medida que se despliega en todo su esplendor y por el método de la falla, se va expandiendo por el mundo y usufructúa a la vez para la extracción de la plusvalía a todas las formas de organización social: desde la esclavitud y el feudalismo, hasta las comunidades de base, se superpone a ellas con su poder de sobre-codificación dirían Deleuze

11 Esta concepción de la circularidad de las situaciones aparece en diversos poemas de Urondo, tanto en los referidos a su percepción subjetiva de la vida como de procesos históricos. Lo vemos cuando en “Bar ‘La calesita’” de *Historia Antigua* (‘50-‘57), dice: “El hombre sonríe y llora y sigue la fiesta” (1972: 21). En *Breves* (‘57-‘58), “tarde o temprano/empezará todo/al calor de la música” (61) o “en este lugar/siempre será lo mismo/o cambiará todo” (1972: 62). “Candilejas” de *Nombres* (‘56-‘59) en el que hay una representación en medio de un clima de añoranza por el pasado adolescente, concluye con la idea de que todo empezará nuevamente, repitiéndose o habrá que terminar enseguida (1972: 89), es decir producir la ruptura. Aquí la idea de ruptura se opone a la circularidad, pero se combina con la concepción del absurdo de la vida y el carácter de representación que posee.

y Guattari: el “capitalismo determina las condiciones y la posibilidad de la historia universal” sólo en la medida en que necesita superar su propio límite y evitar su propia destrucción (1998: 146). Se apoyan en Maurice Godelier, un estudioso del modo asiático de producción, justamente ese modo que no se despliega en Europa. Godelier sostiene que el desarrollo occidental es universal no porque se halle en todo lugar sino porque no lo encontramos en ningún lado y porque su universalidad consiste “en la diferencia y no en su semejanza con las otras líneas de evolución” (1998: 146). Y avanza más allá en el desarrollo de su pensamiento y sostiene que aún la salida socialista es un producto teórico del capitalismo y que ha sido parido por la base práctica aportada por la revolución industrial.

Este descentramiento del tiempo europeo, el no buscar seguir sus etapas ni tampoco ser como ellos, no tomar su lógica ni su civilización, porque para nosotros significa la barbarie de la conquista, la colonización, la expoliación y la explotación capitalistas, lleva a Urondo a rastrear en las propias tradiciones de lucha, en buscar en otra lógica que no sea la dependiente, en pensar la propia revolución: no copiar. Invirtiendo el sentido del padre nuestro, que las cosas no se repitan “así en la tierra como en el cielo” se expresa en *Adolecer*:

Puedo deslindar, grandes
y sabios países: la cultura me guarece
y, a lo mejor, sin
proponérselo, me han querido paralizar; siempre
es el espíritu de los dueños, el viejo
mundo, la fuente en la que nunca
abrevamos; sólo salpicaduras, distante
murmullo para las colonias. Puedo
admitir otros subproductos del dominio, el descubrimiento
de la magia, falsos
apogeos telúricos de estos cielos
despreciados
de una u otra manera: nuevos
gérmenes para
la impostura, ideas flamantes, arcaicas,
han calibrado nuestro
corazón, han
inventado el alma
y el juicio atemperado, la sombra
que nos sustituye para
que otros gocen y utilicen
nuestra drenada
integridad; tretas muy conocidas de los viejos

dualistas explotando
la fuerza y el sueño, aquí
en la tierra
como en el cielo. Puedo hablar
de estos salones donde
el país baila su gavota de perdición.

Soy una hilacha de esta danza, de este
liberalismo. Todo
ocurrió alevosamente y bailamos
hasta el mareo que movió
el mundo y puso todo en orden
desconocido y dejamos de conformarnos. Así
empezamos a odiar
a parientes y amigos; pero
esto ocurriría después y lentamente. Pasarán
muchos años antes de entendernos
con pocas palabras, de una buena,
o de una mala vez por todas... (240-1).

Asumir que tenemos otro tiempo diferente del europeo es estar dispuestos a hacer la revolución en el momento en que podamos, no cuando se den condiciones que se dieron en otros lugares del planeta según un modelo unívoco de desarrollo histórico. Pero para que sucediera debió pasarse por muchos desengaños, y derrotas; y realizar la tarea de desmitificación de la cultura dependiente; la falsa imagen de nosotros mismos, una sociedad construida en base a la mentira, como dice el Colón de Urondo en *Archivo General de Indias*:

He descubierto, en suma, un continente conocido por todos. (*Piensa*). En realidad nadie me obliga a decir que otros me ganaron de mano. Fundo el continente y se acabó, total, quién se va a enterar y, si se entera, cómo podrá sospechar que yo estaba en el secreto. (*Encontrando con satisfacción la coartada*). Puedo fundar un continente bajo el signo universal de la mentira (*Señalando el lugar en que está*). Esta que contaremos será una falsa historia verídica (1986: 209).

Referencias bibliográficas

- Bajtín, Mijail. *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1998.
- Benjamin, Walter. *La Dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre historia*. Chile: Arcis, 1997.
- Borges, Jorge Luis. “El general Quiroga va en coche al muere”. *Luna de enfrente. Obras Completas*. T. I. Buenos Aires: Emecé, 1989.
- Ciria, Alberto. *Política y cultura popular. La Argentina peronista 1946-1955*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1983.
- Daniel, Jean. “El comunismo debe ser también una moral revolucionaria. Entrevista al Che Guevara”. *L'Express*. Argel. Julio de 1963.
- Deleuze, Gilles y Félix, Guattari. *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pretextos, 1997.
- y — *El Anti Edipo, capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós, 1998.
- Dobb, Maurice. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. México: Siglo XXI, 1999.
- Freidemberg, Daniel. “Dossier Urondo”. *Diario de Poesía* 49. (1999): 13-25.
- Gelman, Juan. *Cólera buey*. Buenos Aires: Seix Barral, 1994.
- “Urondo, Walsh, Conti, la clara dignidad”. *Prosa de prensa*. España: Grupo Zeta S.A., 1997.
- Guevara, Ernesto “Che”. *Obras Completas*. Buenos Aires: Ediciones Metropolitanas, 1984.
- Gunder Frank, Andre. *Lumpenburogesía: lumpendesarrollo. Dependencia, clase y política en Latinoamérica*. Buenos Aires: Ediciones Periferia, 1973.
- Hernández, Ileana Azor. “Francisco Urondo: eterno perseguidor de nuevos designios y formas”. *Muchas Felicidades y otras obras*. La Habana: Arte y Literatura, 1986: 5-25.
- Hernández, José. *Martín Fierro*. Buenos Aires: Kapelus, 1965.
- Löwy, Michael. *El marxismo en América Latina*. México: Ediciones Era, 1982.
- *El pensamiento del Che Guevara*. México: Siglo XXI, 1997.
- *Guerra de Dioses. Religión y política en América Latina*. México: Siglo XXI, 1999.
- Marcuse, Herbert. *Eros y civilización*. Barcelona: Seix Barral, 1971.
- Martí, José. “Versos Sencillos”. *Vibra el aire y retumba*. Buenos Aires: Losada, 1997.
- Marx, Karl. *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844*. México: Grijalbo, 1984.

- Montanaro, Pablo. *Francisco Urondo. La palabra en acción. Biografía de un poeta y militante*. Rosario: Homo Sapiens, 2003.
- “Francisco Urondo: un poeta combatiente”. *Razón y Revolución* 13 (2004): 69-80.
- Olmedo, Carlos. “Reportaje a las Fuerzas Armadas Revolucionarias: ‘Los de Garín’. Diciembre 1970”. *Documentos (1970- 1973) de la guerrilla peronista al gobierno popular*. Comp. Roberto Baschetti. La Plata, Buenos Aires: De la Campana, 1995. 145-178.
- “Una respuesta al Ejército Revolucionario del Pueblo, 1971”. *Documentos (1970- 1973) de la guerrilla peronista al gobierno popular*. Comp. Roberto Baschetti. La Plata: De la Campana, 1995. 186-214.
- Pizarro, Ana. *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985.
- Redondo, Nilda Susana. *El compromiso político y la literatura: Rodolfo Walsh. Argentina 1960-1977*. Santa Rosa, La Pampa: Amerindia y Universidad Nacional de Quilmes, 2001.
- “La vida y la muerte en la revolución”. *1º de octubre. Boletín de la Cooperativa Popular de Electricidad, Obras y Servicios Públicos de Santa Rosa Limitada* 6. 57 (2004): 12-14.
- *Si ustedes lo permiten prefiero seguir viviendo: Urondo, de la guerra y del amor*. La Plata, Buenos Aires: De la Campana, 2005.
- Romano, Eduardo. “La novedad poética de Francisco Urondo en sus contextos”. *Casa de las Américas* 229 (2002): 25-43.
- Schmidl, Ulrico. *Viaje al Río de la Plata*. Buenos Aires: Emecé, 1997.
- Terán, Oscar. *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1993.
- Urondo, Francisco. *Primera reunión de arte contemporáneo 1957*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, Instituto Social, Departamento de acción cultural, 1957.
- *Veinte años de poesía argentina*. Buenos Aires: Galerna, 1968.
- *Todos los poemas*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1972.
- “Poemas y algunas reflexiones”. *Crisis* 17 (1974): 35-38.
- *Muchas felicidades y otras obras*. La Habana: Arte y Literatura, 1986.
- *Poemas de batalla. Antología poética (1950-1976)*. Buenos Aires: Seix Barral, 1998.
- *Los pasos previos*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 1999.
- Voloshinov, Valentin N. *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza, 1992.

Fecha de recepción: 24/04/06 / Fecha de aprobación: 10/02/07